

EL TRIUNFO DE LA MODERNIDAD

La modernidad es un concepto a definir y tal vez en las actuales circunstancias, es decir, a principios del siglo XXI, a redefinir. Para partir dando a conocer un concepto de ella tendríamos que señalar lo siguiente, a saber: que las ideas fuerza de la modernidad giran en torno a lo que institucionalizó la Revolución Francesa, *ergo*, la idea explícita en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. De aquí se desprende que la modernidad pone como valor fundamental al ser humano, al sujeto, al individuo, como persona, como sí mismo, como ser con derechos naturales y por lo tanto inalienables, que le son inherentes por el hecho de ser individuo de la especie humana, concepto logrado producto del progreso cultural que comporta un avance en el reconocimiento de la dignidad de la persona y el respeto a su constitución básica. Pero por otro lado, esta Declaración pone en evidencia el principio de la libertad, de la pertenencia del hombre a una comunidad, a una sociedad, y que por lo tanto tiene derechos ciudadanos, cívicos, de participación, de soberanía, de capacidad de generar sus autoridades políticas, de respeto por sus posturas, tanto si son extensivas a una mayoría, como si son la expresión de una minoría; de protestar y de tener el derecho de canalizar sus inquietudes particulares al ámbito institucional y estatal.

Es la modernidad el triunfo de la razón, el triunfo de los valores cívicos y laicos por sobre los religiosos, el encauzamiento de una moralidad social y un “deber ser” desde una perspectiva que nace en la sociedad misma y no de “entidades” que emanan de la esfera divina. Es el triunfo de la secularización sobre el dogmatismo religioso. Por el contrario, el protagonista es el sujeto-actor, que ha ido en busca de cambios, que luchó por ellos y que triunfó para él. Pero este triunfo se enmarca dentro de una perspectiva de integración social que apela a valores universales de tolerancia, respeto por la diversidad, por las identidades, por la expresión, por los derechos fundamentales, que trata de relacionar armónicamente subjetivismo con universalismo, lo general con lo particular, lo privado con lo público, el “yo” con el “nosotros”, al individuo con la colectividad, a la sociedad con la nación.

La modernidad ha sido el triunfo, aunque con naturales defectos, de los valores que permiten la expresión de la libertad humana, de su estética, de la dignidad de espacio existencial que le corresponde a cada persona. La modernidad es la instauración de un proceso, la instauración de las bases de convivencia y de relación coherente-correspondiente entre el individuo, la sociedad y la naturaleza. No es una tarea hecha, no es un camino ya recorrido, es una tarea que se hace en el camino; es la idea de continuo progreso, de mirar al futuro sin desoír al pasado, de acabar con anclajes estamentales, con rigideces políticas, con conservadurismos que alienen al hombre y lo conviertan en un simple reducto de la “diosa razón”.

La modernidad es el nacimiento de un hombre participativo, motor de la historia, pero que no se reduce sólo a ello, sino que desprecia todo utilitarismo conformista y por el contrario, acepta la permanente crítica de los poderes establecidos y le permite mantenerse con un cierto grado de independencia de las instituciones que él mismo compone, para poder desde fuera de ellas rehacerse individual y socialmente. Por eso, la modernidad está

continuamente en crisis, pues los hombres que le dan existencia planean a cada momento los caminos a seguir en las múltiples encrucijadas que ella misma presenta.

La modernidad es un concepto, una actitud, una forma de presentarse ante los otros y ante el mundo, una forma de moldear el alma humana en su expresión colectiva. Pero ante todo es una forma de actuar. Es el movimiento incesante de relaciones subjetivas e intersubjetivas, bajo principios de justicia, derecho, tolerancia, libertad, soberanía popular y nacional, pluralismo, respeto del Estado por los individuos; es la institucionalización misma de la persona sin dejar de ser ella.

Es acertado el argumento de Jûrgen Habermas cuando señala que los hitos de la modernidad son la Reforma de Lutero, la Ilustración y la Revolución Francesa. Lo que hay en ellas es el predominio de la subjetivación, del individuo que en su particularidad y libertad de acción construyó un nuevo orden, en que la racionalización cubrió incluso espectros religiosos. Es en el fondo, la creencia en una nueva religión, una nueva fe; es la instauración de una verdad de primer orden surgida desde el hombre mismo; es la explicación y conducción racional de los destinos de la humanidad que por primera vez radican esencialmente en ella misma.

La modernidad está muy emparentada con el liberalismo en todas sus manifestaciones, pero no se reduce solamente a él. Es claro que el desarrollo del capitalismo encuentra un terreno fértil dentro de las perspectivas de un mundo moderno, pero la libertad económica que permite el desarrollo de la empresa privada debe ser parte coadyuvante de la libertad del hombre y no marcar pautas de discriminación social que retrotraigan la situación a pasados supuestamente superados. Claro está que la Revolución Industrial es también representativa del triunfo de la subjetivación en lo económico, y que ayuda a configurar un cuadro político-social moderno a través de la modernización, de los adelantos técnicos, de las invenciones, del confort propio de una realidad de vida moderna. Pero también es claro que el desarrollo del capitalismo no siempre va a la par con la democracia y el respeto de los derechos fundamentales. La modernización no implica necesariamente “espíritu moderno”, es decir, respeto o aprobación de valores universales, como la participación política, el respeto a la diversidad y otros. Es perfectamente posible ser un país moderno en lo económico-técnico y premoderno o antimoderno en lo político-valórico. La modernización puede llegar a ser el objetivo principal que pase sobre las personas y la sociedad, relegando la humanidad a consideraciones secundarias. Fácilmente se puede caer en extremismos y consideraciones antimodernas, como lo ocurrido durante el siglo XX, que el historiador Eric Hobsbawn ha llamado la “era de las catástrofes y de los extremos”, y que distorsionan los valores y la moral, poniéndolas incluso contra las personas. Ejemplos de ello son las ideologías que mesiánicamente se creyeron poseedoras de una nueva verdad, descubridoras de nuevos principios que supuestamente rigen la historia humana. Es la prepotencia intelectual o pseudointelectual que viene a inaugurar una nueva época y que basa su posible éxito en un apego a principios incuestionables biológicamente y/o históricamente. Así, el llamado socialismo real redujo al hombre a una clase, al proletariado, y que coherentemente con los principios del materialismo histórico y la inevitable lucha de clases, tendría que “ser” en la revolución y en la instauración de una dictadura totalitaria, aboliendo las clases y asegurando la felicidad del hombre por haberse apegado irrestrictamente a claves históricas descubiertas. Por otro lado, y sin querer generar una equivalencia, el nazismo

alemán se apegó a principios biológicos y raciales evidentemente antimodernos, erigiendo una raza como superior y depositaria del verdadero ser de la humanidad y por tanto destinada a dominar el mundo para dictaminar sus principios superiores, despejándose el camino por medio del exterminio sistemático de los que no eran “dignos” de vivir y simbolizaban la antítesis del verdadero espíritu humano.

Esta es la era de los extremos, de la intolerancia, del asesinato en masa, de las deportaciones, de las persecuciones. Y curiosamente estas ideologías son modernas y a la vez antimodernas. Modernas porque surgen en pleno siglo XX y no hubiesen sido posibles sin la instauración de los principios democráticos de la modernidad, pues éstos son la bandera de lucha y su razón existencial: es el motivo del fascismo la destrucción de la democracia y la igualdad de derechos.

En resumen, las ideologías del siglo XX son evidentemente modernas en su contexto histórico-cronológico, son altamente modernizantes, anhelan la eficiencia y la eficacia, incluso para el exterminio son aliadas de la técnica, y obviamente ponen por sobre los hombres los objetivos, convirtiéndose las personas en medios y no en fines. Las personas pasan a ser un medio para un fin, y ese fin ha sido concebido intelectualmente, ideológicamente. Por eso, como dice Hanna Arendt, las ideologías están al servicio de las ideas, no de las personas. Y el único requisito que necesita una idea para ser perseguida y realizada es un cierto grado de coherencia, que si no lo tiene naturalmente (pues evidentemente muchas veces atentan contra derechos fundados en la naturaleza humana), los trata de hacer lógicos mediante la fuerza y la imposición.

LA MODERNIDAD Y EL TOTALITARISMO

Según Hobsbawn, los valores liberales que se han solidificado el siglo XIX son principalmente, el rechazo al gobierno autoritario, el respeto al gobierno constitucional, los derechos y libertades ciudadanos, y el imperio de la razón y el perfeccionamiento humano por medio de ella, y todo ello mediante el debate público.

No obstante, después del triunfo de la Revolución de Octubre, de la Primera Guerra Mundial y de la crisis de 1929, comienza una reacción contra los valores anteriormente señalados, la desaparición de los espacios públicos democráticos y el nacionalismo se torna excluyente y autárquico. El universalismo europeo comienza a decaer, e incluso la Iglesia Católica, de alguna manera y basada en su antiliberalismo, se complace con esta crisis. Incluso, más adelante, en pleno período de nazificación, el Papa Pío XII será acusado de mantener votos de silencio ante el holocausto. ¿Cómo es posible que la autoridad moral haya callado ante los asesinatos?. Porque si los hombres comunes erraron, por lo menos se espera que la Iglesia enmiende las faltas de sus fieles o de los laicos. ¿Cuál es la explicación a todo este mal entendido?. La ideología y el miedo, por un lado. Por otro, una modernidad inconclusa y que abandonó por un momento su actitud de permanente crítica, autocrítica y reciclaje.

La modernidad se entiende como una dialéctica de cambios constantes (ya veremos si todo cambia y en qué medida ocurre aquello de la “repetición fallida”), todo se cuestiona, y siempre está en crisis, lo cual provoca desajustes, temores, incertidumbres y miedos; miedo al cambio, a la reestructuración, al debate, a la transformación, a lo eternamente moldeable. Es la neurosis anticipatoria que alienta incluso actitudes antidemocráticas e intentos por buscar alternativas distintas a los valores modernamente humanos. Pues bien, este bajar los brazos responde a que la modernidad implica un esfuerzo constante, que agota, y si no se tienen resultados satisfactorios, muchos se desalientan.

La idea de destrucción que muchos ven en las ideas revolucionarias acrecentó en la primera parte del siglo XX la ansiedad y la opción por autoritarismos fascistas que prometían proteger un *mínimum*, aun a costa de la libertad, un *máximum*. Es un sacrificio que se está dispuesto a hacer cuando el miedo y la desesperanza atacan a los hombres. Se pierden los límites, se transgrede, se acciona de manera extrema. El pueblo está dispuesto a aceptar a caudillos salvadores y orientadores de una realidad nueva y mejor. Es capaz de poner fin a los miedos, cueste lo que cueste. Los objetivos e ideales democrático-liberales pasan a segundo plano y surge como meta suprema la supresión del temor al destino que se vislumbra sombrío y pavoroso. Ante esta situación, se transan valores y posturas que se tenían por paradigmáticas. Ya no sirve el orden presente, hay que cambiarlo, porque no ha sido capaz de dar “seguridad”. Los hombres se sienten náufragos en medio de un mar tormentoso, y cualquier tabla que les permita mantenerse a flote pasa a ser la “razón” de la existencia, y es más, cuando la tormenta pasa y la tabla les ha permitido conservar sus vidas y llegar a tierra firme, ese trozo de madera por muy insignificante que haya sido, pasa en las actuales circunstancias a tener importancia suprema, y se es capaz de venerarla e idolatrarla más allá de sus verdaderas facultades. Un pedazo de madera de la peor clase y podrida pasa a ser el sentido de la vida y la fuerza aglutinadora de un pueblo náufrago en las tormentas de la historia. Y en medio de la tormenta, el hombre convertido en masa y la élite temerosa se han unido.

Cuando se instaura un régimen totalitario y tiene éxito interno, empieza a expandirse, a imponer un proyecto de “historia”, de futuro, pues ha dado con las claves del acontecer humano; es la idea de la refundación. Y los principios de la historia pasada deben ser combatidos en el presente para que no se reproduzcan. En el caso alemán, una raza significaba un pasado odioso, representativo de la cultura liberal-burguesa, por lo tanto, eliminando a las personas se eliminaba el principio y el origen del mal.

En el caso del fenómeno fascista y, obviamente simplificando las cosas, diríamos que la instauración de dichos gobiernos en Europa tuvieron el apoyo del pueblo que tenía hambre y de la elite que tenía miedo, especialmente al avance del comunismo¹.

¹ “La unión entre la Iglesia, reaccionarios y los fascistas era el odio común a la Ilustración del siglo XVIII, a la Revolución Francesa, al comunismo”. Y luego agrega: “La vulnerabilidad de la política liberal estribaba en que su forma característica de gobierno, la democracia representativa, demostró pocas veces ser una forma convincente de dirigir los estados, y las condiciones que podían hacerla viable y eficaz”. (Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX. 1914-1991*, p. 143 y 121)

El surgimiento de los fascismos debe cuestionarse y explicarse y no conformarse con la frase de Leibniz, “Todo está perfectamente en el mejor de los mundos posibles”. ¿Era lo único posible?. ¿Era lo mejor posible ante la crisis?.

El fascismo es la comprobación de que las personas tienen que estar siempre en una creencia, porque son éstas el suelo de nuestra vida, son el “repertorio” del ser humano, las “espuelas de la vida”, como dice Ortega. Y en este caso es una creencia contraria a la de la modernidad, pues pone como máxima: “Verdad es lo que ahora es verdad”. La pregunta que asalta es, ¿hay alguna lógica en la realidad o lo único lógico es el pensamiento?. Naturalmente que la lógica del pensamiento debe estar respaldada por los impactos favorables que tiene en los hechos humanos. Por lo tanto, la lógica del pensamiento debe ser generada a partir de una ética que asegure los derechos fundamentales de las personas. Ninguna lógica se justifica sin tener como prioridad al ser humano. Las ideas no pueden estar por sobre las personas. Por eso que entendemos el sentimiento de vergüenza que Habermas nos comunica reflexionando sobre lo que fue el nazismo². Y el “fue” se hace presente, pues el pasado es la fuerza viva y actuante que sostiene nuestro hoy. El pasado no está allí, en su fecha, sino aquí, en nosotros³.

El gran resentimiento de Habermas es haber sido integrante de una nación que dio cabida a la ideología nazi, donde cayeron los espacios públicos democráticos y fueron transformados en lugares para las masas que siguieron a ultranza a un Führer salvador. Y el sentido de masas se define como hecho psicológico, sin necesidad de que aparezcan individuos en aglomeraciones (que por supuesto que existieron) Este hombre-masa como dice Ortega y Gasset en un amplio sentido y que nosotros reubicamos, no designa una clase social, sino un modo de ser hombre. Pero, ¿hasta qué punto la masa permitió los fascismos?. Indudablemente que no se puede mandar contra la opinión pública, o al menos por mucho tiempo. Y ya sabemos a qué pueden conducir los miedos de un grupo humano desesperanzado y desesperado. En el caso alemán, sólo un dato y un antecedente: en 1923 culminó el colapso de la moneda, la clase media profesional se vio en la ruina, y ya en 1930 quedaron elegidos para el Reichstag 107 diputados nacionalsocialistas. Hacia 1932, el partido nazi era el más poderoso, con aproximadamente el 37% de la votación⁴.

Esta es la constatación de que el pueblo se ha inclinado hacia un extremo. De la catástrofe y la desolación fue de donde las fuerzas del hitlerismo supieron nutrirse. Pero no hay que creer que el fascismo solamente cundió solo en los países europeos más debilitados, ya que Gran Bretaña y Francia, por ejemplo, tuvieron movimientos fascistas de diverso tipo la

² “Quizá sepan ustedes de ese curioso sentimiento arcaico de vergüenza que se produce ante una catástrofe a la que por casualidad y sin ningún mérito propio hemos sobrevivido”. (Jürgen Habermas, *Identidades nacionales y postnacionales*, p.87)

³ “El pasado soy yo...”. (José Ortega y Gasset, *Historia como sistema*, p.60)

⁴ En, Eric Hobsbawm, op. cit.

década de 1930. Por lo tanto esta respuesta de temor se dio de manera global aunque con importantes matices⁵.

Es real, sin embargo, que la población de países desarrollados se encontraba en apremios y que el Estado comenzó a inmiscuirse cada vez más en la vida de las personas, restringiéndose el liberalismo, pero eso no quiere decir que gobiernos como el de EEUU transara los principios liberales, ni que el New Deal del presidente Roosevelt se asemejara a prácticas fascistas, como de hecho se le acusó en el mismo país.

Este siglo XX, representativo de la época de los extremos, también ha tenido, evidentemente, representantes que mantuvieron su apego a la ética moderna para gobernar⁶. Pero, ¿hasta qué punto es posible la complementación entre ética y política?. O tal vez la pregunta debiera ser, ¿es insalvable la ruptura entre ética y política?. La respuesta es fácil, pero difícil. Fácil, porque en teoría la política debiera estar respaldada por la ética. Difícil, porque la política es el arte de lo posible, y en la práctica la teoría muchas veces se desarma y no opera. Entonces la modernidad exige un continuo esfuerzo por no perder de vista ni en la teoría ni en la práctica al sujeto, al ser humano en su dimensión individual, privada, única, irrepetible, que también es germen generador de realidades sociales y colectivas. La fórmula parece estar en la creación o la perfección de una teoría de la modernidad, que sea flexible, que fluya incluso por entre las peores crisis, que no sea rígida, que no propicie sus propias fracturas que faciliten que otras “razones” y otras “éticas” se apropien de los más grandes y nobles ideales humanos. Necesitamos una modernidad que se cuestione a cada instante, pero que sepa mantener con firmeza sus principios. Que sea justa y que abogue por la justicia, ese “darle a cada uno lo que le es suyo o lo que le pertenece”, porque la injusticia en nombre de la modernidad es infinitamente más injusta.

El siglo XX ha sido el creador de varias ideologías destructivas: fascismo, neoliberalismo, globalización de las desigualdades y la pobreza. Pero las sociedades y el ser humano siempre serán capaces de rehabilitarse, para lo cual necesita recuperar el sentido de lo humano y de la conciencia colectiva. A la modernidad no le basta con apelar a la libertad, también necesita ser solidaria, pero no una solidaridad religiosa ni ideológica, sino que solamente humana. Eso es condición necesaria y es garantía para que los valores no sean distorsionados al ser mediatizados por la ideología, la religión o sean utilizados como simple expresión de “uno” mismo.

Pero volviendo a una de las expresiones de la antimodernidad, el nazismo alemán, símbolo de la transgresión ideológica y del desprecio por el hombre, paradójicamente en la

⁵ Con relación al caso alemán e italiano y el éxito de los movimientos fascistas, David Thompson señala que: “Reducieron los problemas más complejos a términos simplistas: Alemania no había sido derrotada, sino que la habían apuñalado por la espalda; Italia había ganado la guerra, pero perdido la paz, y en ambos casos la culpa era de los liberales, de los socialistas y de los pacifistas”. (David Thompson, *Historia Mundial. 1914-1968*, p.145)

⁶ “... debemos sacar la consecuencia de que hay dos razas de hombres en el mundo y nada más que dos: la raza de los hombres decentes y la raza de los indecentes. Ambas se encuentran en todas partes y en todas las capas sociales”. (Viktor E. Frankl, *El hombre en busca de sentido*, p.87)

actualidad y en las antípodas culturales, ese mismo principio racial excluyente es sostenido con firmeza incluso por algunos miembros de la comunidad judía que encuentran a sus propios detractores dentro de la misma comunidad. En Jerusalén se llevó a cabo el año 1999 un debate entre el importante rabino, Adin Steinsaltz y un conocido biólogo judío-norteamericano, Robert Pollack, de la Universidad de Columbia. A juicio del rabino, los judíos son particularmente inteligentes gracias a un específico capital genético. Para el biólogo, en cambio, se trata de dotes culturales adquiridos, destinados a diluirse hasta desaparecer con el alejamiento de las persecuciones. Steinsaltz afirmó que 100 generaciones de “selección natural” han incorporado genéticamente en el pueblo judío los caracteres necesarios para sobrevivir en un ambiente hostil. Entre esos componentes destacan una inteligencia muy aguda o una cierta indiscreción al límite de la agresividad. Pollack se opuso a esta tesis y cuestionó que existan factores genéticos judíos. “La mejor parte de nuestras vidas puede ser transmitida sólo a través de la enseñanza, no del ADN”⁷, señaló el biólogo, y añadió que las opiniones del rabino están condenadas a desaparecer.

En nuestros días en algunos círculos reducidos siguen los debates entre los representantes de la modernidad y los de la antimodernidad. Y no se homologue modernidad con ciencia, ésta no agota a la primera. La modernidad es una actitud psicológica, y nótese, una “actitud” que indefectiblemente comporta una práctica.

La modernidad le pasó la cuenta al fascismo, pero falta un análisis y mayores cuestionamientos al comunismo, especialmente encarnado por la Rusia estalinista, que costó la vida a muchos millones de hombres. Es cierto que Stalin no teorizó la muerte de personas, ni lo tuvo como un discurso ontológico, pero en los hechos significó la eliminación sistemática de los adversarios y los que no cabían en los planes nacionales. También es cierto que en un principio el totalitarismo soviético fue eminentemente nacionalista, no tuvo al expansionismo como doctrina basada en el dominio imperialista, aunque en la práctica operó de dicha manera con el argumento de construir la “patria proletaria” Con esto, es evidente que asume una postura ideológica refundacional y moderna en la teoría, pero violenta y agresiva en la práctica, lo que la hace antimoderna, pues, de alguna manera, es la reducción utilitaria del hombre y la idea de crear mediante métodos histórico-científicos una nueva y mejor civilización, desestimando y excluyendo todo aquello que no se adscribiese a la ideología⁸.

El gran error ideológico queda al descubierto cuando los “obreros del mundo” deben amigablemente incorporar a los “campesinos del mundo”, ya que el potencial revolucionario de la clase trabajadora industrial disminuyó en el mundo capitalista avanzado.

⁷ Nota de prensa de la *Deutsche Welle*, versión electrónica.

⁸ “El proletariado es, para la teoría marxista, la única fuerza social que puede lograr la transición a una etapa superior de civilización...” (Herbert Marcuse, *El marxismo soviético*, p.23)

EL TOTALITARISMO Y LA MACROFÍSICA DEL PODER

Las condiciones previas para la conformación de una política de masas fueron el individualismo y la atomización social. De los seres particulares y con existencia propia desvinculada de la sociedad, pasan a vincularse a ella en la “razón de Estado” perdiendo los atributos personales. Es una gigantesca obra de despersonalización operada por los “ingenieros de almas” con la ayuda de las circunstancias históricas. Las personas son reducidas a entes vibratorios que se pueden mover desde las perillas del poder. El “yo” es transformado en un “nosotros” que no deja espacio alguno a la individuación. Es la alienación personal convertida en histeria colectiva, y ese histérico “nosotros” forma parte de la dicotomía “ellos” y “nosotros”, “nosotros” y “todos los demás”. Y como señala Hanna Arendt, se realizan constructos de realidades ficticias que cobran vida y coherencia lógica: la idea lógica de lo irreal. Todo este cuadro permite la mantención de un clima de permanente inestabilidad que alimenta las acciones totalitarias para contrarrestar un siempre anunciado “complot” nacional o internacional. Por eso es que la guerra sirve como instrumento esencial y existencial al totalitarismo, porque cumple el doble objetivo de generar una permanente inestabilidad, y también abocarse a una lucha por lograr el dominio total. En esta realidad de permanente incertidumbre, el Estado totalitario resiste exclusivamente por su construcción amorfa, variable, híbrida, desconectada de realidades de coherencia normal.

El Estado totalitario de cuño fascista ha surgido por la imposición de una lógica, a veces capitalista, a veces reaccionaria, siempre antimoderna y que es capaz de movilizar a una sociedad destruida y convertida en masa hacia la desesperación y el miedo. Y aunque afirme instaurarse para entregar seguridad, le interesa de sobremanera mantener el miedo. Aquí radica su utilización, su constante apelación a peligros que fueron ocultos pero ya han sido develados. La mantención del miedo y la sistematización del terror le permiten subsistir, donde toda persona *per se* es peligrosa, porque cada una forma una unidad, una parte del todo, y su ideal es crear un todo sin las partes⁹.

Lo más terrible del totalitarismo es su pretensión de dominio absoluto, donde nada queda fuera, donde cada partícula de existencia es manipulada y es atraída a un imán gigantesco que previamente ha colocado en ellas la marca de la coacción. Y si fueron capaces de crear fábricas de cadáveres, de hombres sin voluntad, sin moral, sin pertenencia de sí, también fueron capaces de hacer desaparecer a las víctimas para que no quedaran huellas de ellas y hacer creer que nunca existieron. Pretenden prohibir incluso el dolor y el recuerdo. El “nunca debieron existir” de Hitler, refiriéndose a los judíos, se traduce en “nunca existieron”.

⁹ “El poder total sólo puede ser logrado y salvaguardado en un mundo de reflejos condicionados, de marionetas sin el más ligero rasgo de espontaneidad”. (Hanna Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Vol. III, *Totalitarismo*, p.590)

El régimen totalitario es por antonomasia destructor del pensamiento propio, de la libertad, de la vida, del “yo”, del “otro”, de la persona. El máximo triunfo totalitario es la formación de hombres cáscaras, sin contenido, vacíos, secos¹⁰.

LAS VERDADES Y LOS PRINCIPIOS

La verdad es un valor que permite acceder a lo real, aunque la realidad sea escurridiza, aunque el comportamiento humano, como tal, sea impredecible. Por eso es que la modernidad es un conjunto valórico que asume como propia la tarea de compatibilizar la “razón” con el “sujeto”, para construir un mundo de progreso material y espiritual, en concordancia con un principio de verdad, de justicia, de libertad, solidarios con la naturaleza humana. Todo esto conforma un principio básico para desarrollar la historia de aquí en adelante, y si este siglo XX fue especialmente cruel con la humanidad, la misma historia también nos sirve para libertarnos de lo que fue. El futuro debe construirse con principios sólidos¹¹. Pues el Hombre es y será el centro del pensamiento humano. No hay ninguna otra opción posible por el momento, no se ha descubierto un sistema nuevo que instaure valores nuevos y mejores al servicio de la persona.

En el actual momento histórico, la crítica y el perfeccionamiento de nuestras instituciones es la labor a realizar, porque como dice Habermas, la Modernidad es un “proyecto inacabable”, es la renovación continua del “tiempo novísimo”. Debido a esto, la Modernidad se ve obligada a autoconstatarse y autocomprenderse a sí misma desde sí misma¹².

En cuanto a las características del totalitarismo y su inserción en pleno siglo XX, de modernidad, modernismo y modernización, habría que agregar a los antecedentes de su instauración, aparte de los factores históricos, los que señala T. Adorno con relación al nazismo y su capacidad para movilizar a la población y reeducarla¹³.

No es un misterio que los seres humanos llevamos incorporados en nuestra personalidad, expresiones de la bondad, del amor, de la solidaridad, pero también de la ira, la rabia, la agresividad, la intolerancia, la violencia. La expresión física de todo esto, tiene innumerables repercusiones y se transforman en la moral conductual de una persona, o una nación. El resguardo ante cualquier tipo de comportamiento que afecte los derechos fundamentales de las personas tiene que estar en la instauración de una educación con

¹⁰ “El propósito de la educación totalitaria nunca ha sido inculcar convicciones, sino destruir la capacidad para formar alguna”. (A. Arendt, *Totalitarismo*, p.603)

¹¹ “Y el principio más firme de todos es aquel acerca del cual es imposible engañarse”. (Aristóteles, *Metafísica*, Libro IV, p.166)

¹² “La modernidad se acredita como aquello que en algún momento será clásico,...”. (Jürgen Habermas, *Discurso Filosófico de la Modernidad*, p. 20)

¹³ Esto tienen que ver con la capacidad que tuvo por ejemplo para activar “...una dimensión general de la personalidad, el *autoritarismo*, del cual se encontraban expresiones en la conducta sexual y en la vida política, en la relación con las minorías y en la educación de los niños”. (En, Alain Touraine, *Crítica de la modernidad*, p.342)

principios éticos, y por ende teóricos, capaces de formar hombres respetuosos de un principio básico: los otros.

Ningún sistema político es mejor que la Democracia Representativa, ninguna Raza es superior a otra, ningún Sistema Económico es mejor que el que asegure el progreso nacional y personal, ningún Sistema Ideológico tiene el derecho a imponer sus dogmas por medio de la coacción¹⁴.

A comienzos del siglo XXI, la sociedad universal debe estar dispuesta a luchar por la libertad, compatibilizando las distintas visiones culturales válidas dentro de un mundo que acepta el pluralismo y donde los hombres de buena voluntad se escuchan para crear un mundo mejor. Es un proceso arduo¹⁵.

CONSIDERACIONES FINALES

Podemos concluir que la modernidad posee cuatro elementos fundamentales que la hacen un fenómeno particular dentro de la historia de la humanidad y que permiten establecer, a través de un proceso comparativo, antecedentes necesarios para la elaboración de juicios históricos.

1) La modernidad se *recicla* en su construcción epistemológica; parte desde sujeto y desde allí se dirige a la sociedad. Esto permite que en cualquier momento histórico aparezca la crítica, por tanto, la verdad ontológica no es perenne, sino parcial; esta condición de movilidad epistemológica es continua y permite su constante autolegitimación.

2) La modernidad es eminentemente *secular*; su origen pasó por la destrucción de la escolástica medieval y sus constitutivos dogmas, y, a través del triunfo histórico y filosófico de la razón consagró una sociedad laica expresada en el Estado y el individuo, destruyó las economías autárquicas e hizo surgir (pasando por la fase de transición del mercantilismo) el capitalismo, y eliminó con el Humanismo y la Ilustración todo vestigio de predominio de la fe como fuente de interpretación de la realidad.

3) La modernidad es *inductiva* en el proceso de desarrollo cognitivo y *subjetiva* socialmente; los procesos de construcción de verdad y de estructuración de paradigmas históricos siempre se habían fundamentado deductivamente desde la sociedad, desde el poder hacia el individuo; éste era depositario de paradigmas hechos. La modernidad revierte y libera al individuo de la sumisión al todo. Ahora desde lo particular se construye

¹⁴ “Sí, temo más al Estado totalitario y a todos los aparatos de poder que a un capitalismo hecho menos salvaje por dos generaciones de *Welfare State*. Sí, prefiero la democracia, aun cuando ella no suprima la injusticia a la revolución que siempre entroniza un poder absoluto”. (Alaine Touraine, *Crítica de la Modernidad*, p. 361)

¹⁵ “La investigación de la verdad es, en un sentido, difícil; pero, en otro, fácil. Lo prueba el hecho de que nadie puede alcanzarla dignamente, ni yerra por completo, sino que cada uno dice algo acerca de la Naturaleza; individualmente, no es nada, o es poco, lo que contribuye a ella (a la verdad); pero de todos reunidos se forma una magnitud apreciable...”. (Aristóteles, *Metafísica*, Libro II, pp. 84-85)

la generalidad, desde el hombre se construye la sociedad, se pertenece al colectivo pero conservando la identidad individual.

4) Sin embargo, creemos que la modernidad resalta en el plano discursivo, deja entrever claramente la consagración del pluralismo y la diversidad, del respeto a la persona y a su existencia. Esto es lo medular, lo que imprime un sello a la modernidad y lo que nos hace afirmar que el totalitarismo, y por ende el fascismo, es *antimoderno*.

BIBLIOGRAFÍA

Arendt, H. *Los Orígenes del Totalitarismo*. Alianza Editorial, Madrid, 1981-82.

Aristóteles. *Metafísica*. Editorial Gredos, 1970.

Frankl, V. *El Hombre en Busca de Sentido*. Ed. Herder, Barcelona, 1995.

Habermas, J. *Discurso Filosófico de la Modernidad*. Ed. Taurus, Madrid, 1993.

Identidades Nacionales y Postnacionales. Ed. Tecnos, 1989.

Hobsbawn, E. *Historia del Siglo XX. 1914-1991*. Ed. Crítica, Barcelona, 1995.

Marcuse, H. *El Marxismo Soviético*. Alianza Editorial, Madrid, 1969

Ortega y Gasset, J. *La Rebelión de las Masas*
Historia como Sistema

Thompson, D. *Historia Mundial. 1914-1968*. Ed. Fondo de Cultura Económica, 1954.

Touraine, A. *Crítica de la Modernidad*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1993.